

# La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 26 DE JULIO DE 1915

NÚM. 1.752

MADRID. - EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1915



DESILUSIÓN, cuadro de Mariano Alonso Pérez

(De fotografía de J. Lacoste.)



## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Carta del hijo*, por Juan B. Enseñat. — *El 14 de julio en París y en Lisboa*. — *La guerra europea*. — *Los generales Gómez Jordana y Marina en Madrid*. — *La Fornarina*. — *Mi tío Florencio* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. La Exposición Internacional de Industrias Eléctricas y General Española*. — *Libros*.

**Grabados.** — *Desilusión*, cuadro de Mariano Alonso Pérez. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *Carta del hijo*. — *La Gracia; Las niñas de la Ribera*, cuadros de Julio Romero de Torres. — *Retrato de la Srta. C. P. L.*, por Eduardo Urquiola. — *Pleamar*, cuadro de Cecilio Pla y Gallardo. — *París. Inhumación de los restos de Rouget de l'Isle en los Inválidos*. — *Lisboa. Manifestación de la marina de guerra en homenaje a sus compañeros muertos en la última revolución*. — *La guerra europea* (ocho fotografías). — *Los generales Gómez Jordana y Marina en Madrid*. — *La célebre cupletista madrileña Consuelo Vello, conocida por La Fornarina*. — *Barcelona. La Exposición Internacional de Industrias Eléctricas y General Española. Inauguración de las obras de urbanización*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estamos en período en que una sociedad desaparece y habrá de formarse otra nueva.

La sociedad sufre incesante renovación, y bien puede asegurarse que cada veinte años, los nombres traídos y llevados por los periódicos cambian.

Semejantes en lo exterior, las sociedades son distintas, porque lo son las costumbres.

Yo he conocido varias sociedades.

Cuando dejé por primera vez mi provincia, encontré una sociedad perturbada y agitada por los trastornos políticos: la mayor parte de la gente distinguida estaba fuera de Madrid, en el extranjero, huyendo de la Revolución triunfante y empezando a incubar la Restauración.

\* \*

Este mundo especial lo describió el Padre Coloma en *Pequeñeces*.

Quedaban en el corte — que ya ni era corte —, muy pocos aristócratas adinerados, y las reuniones y bailes escaseaban.

En las Embajadas, y especialmente en la francesa, se recibía: la tertulia de Pepa Calderón, carlista acérrima, lo mismo que su hijo Carlos Calderón, era un centro de muy buen tono.

El Salón de la Montijo estaba próximo a cerrarse para siempre.

En los salones de Superunda se hacía alfonsoismo a todo trapo.

Pero no había lo que se dice animación sostenida.

Las turbas, una noche, rompieron a pedradas la iluminación de la casa de Superunda, encendida con motivo del vigésimoquinto aniversario de Pío IX.

Se vivía alerta, en perpetua fronda, en protesta continua, en burlona indignación.

El día que hizo su entrada en Madrid el Rey Amadeo, al siguiente de haber sido asesinado el general Prim, vi pasar al «italiano» desde los balcones, o mejor dicho, las cerradas ventanas del palacio de Berberana, entre gentes que maldecían de la casa de Saboya y deseaban y profetizaban al recién llegado todo género de calamidades.

En el baile del Veloz Club, que era entonces el círculo *smart*, había el mismo rumor de oposición cerrada, y Joaquina Osma, en la aurora de su belleza juvenil, era la más apasionada, la más anhelosa de traer pronto a España la destronada dinastía.

Recordando sus palabras, sus gestos, no sorprendió el cariño, el enamoramiento que, años después, sintió por Cánovas.

El que hizo en gran parte la Restauración, tenía que ser idealizado por Joaquina.

\* \*

Antes de la sociedad contemporánea de «la gloriosa», hubo otra muy brillante, de la cual apenas va quedando recuerdo.

Duró tres o cuatro lustros, de 1850 a 1869.

Fenecido el movimiento romántico, el segundo Imperio francés, época de transición, inauguraba sus calenturientas disipaciones.

En España, reflejándose este modo de ser con doble intensidad, por ser española la Emperatriz Eugenia.

Las relaciones con Francia eran cordiales y estrechas entonces; la Reina Isabel no podía desplegar mayor amabilidad con la nieta de los Guzmanes, que ceñía una corona tan esplendente y peligrosa, la

que pesó en las cabezas de María Antonieta y Josefina Beauharnais.

Debía de tener Eugenia de Guzmán no pocas envidiosas, pero al éxito todo le sonríe, y las damas españolas más encopetadas se enorgullecían de su emparentamiento o su amistad con la flamante Emperatriz.

La habían tuteado, cuando era no más una muchacha de la sociedad elegante, y quién sabe si ahora, diademada, a solas, les apearía el tratamiento, les diría: «Déjate de eso, ¿no soy tu amiga de siempre?»

Y las modas, que venían de París selladas con la marca de Eugenia, parecían más graciosas, más atrevidas, más picantes.

\* \*

En las modas también se advertía el cambio profundo de las costumbres.

La languidez romántica cedía el puesto a una especie de libertad febril, a una extravagancia caprichosa.

El mirriñaque «hacia furor». Las faldas medían incommensurable vuelo. Las botas eran altas, a la polaca; llegaban más arriba de la pantorrilla, y las abrochaban larga fila de botones.

Sobre un tropel de rizos, en racimo, el sombrero, diminuto, se encasquetaba cayendo hasta la nariz.

Las costuras de las mangas empezaban en el codo. Se llevaban las «garibaldinas» en inexplicable homenaje a Garibaldi y su camisa roja.

Inmensos pendientes de gruesas bolas negras recibían el nombre político sentimental de «lágrimas de Polonia».

Cadenas de similar, de anchos eslabones, se llamaban, por el nombre de un drama famoso, «cadenas Benoiton».

Al cuello se ponían cintas de dos dedos de ancho, de terciopelo negro o seda de color, que colgaban hasta los pies, y aquí eran conocidas por «sigueme, pollo».

Las sombrillas afectaban forma chinesca.

¿Para qué reseñar más antojos de la moda, en un momento de locura?

\* \*

En Madrid, durante tal período, la sociedad se mostraba alegre, dispada, indiferente a los graves problemas que fermentaban y estallaban a veces en explosiones parciales.

El rey de la banca madrileña era D. José Salamanca, hombre amigo de lucir, de gastar con prodigalidad regia; la tertulia en que se pasaba el rato con confianza y a donde concurría lo mejor del elemento masculino, era la de María Buschental, la que una noche, viendo entrar a una señora, exclamó: «¡Qué lástima! ¡Estábamos hombres solos!»

La dama que ponía el mingo, que daba la norma de lo elegante, era la duquesa de Alba, hermana de la Emperatriz.

Como hermosura, la eclipsaba la Medinaceli, de quien Castelar, presentándosela a Víctor Hugo, dijo «*Voilà la beauté espagnole!*»

En los paseos, llamaba la atención, por su elegancia como amazona, la condesa de Vilches.

Las reuniones más brillantes, demasiado numerosas tal vez y calificadas por Isabel II, donosamente, de «Prado con techo» se verificaban en el palacio de la condesa de Montijo, o en su quinta de Carabanchel, donde tenía un teatro. En él se representaba una loa de Rodríguez Rubí, alusiva al emcumbriamiento de Eugenia, y titulada *La perla del Genil*. Era el momento radiante de aquel destino de mujer, tan trágico al final.

¿Dónde va ya aquella sociedad, dispersa por los vientos de las revoluciones y las guerras?

¿Dónde las bellezas profesionales, la marquesa de Malpica, la de Alcañices, hoy ceniza fría en sus olvidados panteones?

¿Qué se hicieron los Infantes de Aragón? ¿Verdura de las eras!

\* \*

Bajo el bullicio, bajo la animación vertiginosa de Madrid y París, podía un observador notar el estrechamiento del suelo y la fermentación revolucionaria.

En España, los terribles acontecimientos del motín contra la que había sido Reina Gobernadora, Cristina de Borbón, casada en segundas nupcias con el duque de Riánsares, acontecimientos que llevaron consigo orgías semejantes a las de la moderna «semana trágica», saqueos, incendios y asesinatos, fue-

ron, sin género de duda, precursores de la revolución de Septiembre, con su séquito de desórdenes y luchas internas, desangradoras.

Y la «gloriosa» con sus problemas institucionales, preludió a la caída del Imperio envuelto en el lodo de Sedán.

Por una de esas ironías crueles, el año de la Exposición (1867, si no me engaño), se puso en favor el «color Bismarck» y fué París el que consagró su boga.

Todo «Bismarck»; sombrillas, trajes, adornos de los sombreros.

El color Bismarck era como de tabaco de hoja, poco maduro.

Fué una peste.

Francia brindó esta monería al hombre más indiferente a ella y a todas.

Estaría entonces ya cuajando, en el cerebro del gran Canciller, el plan desarrollado poco más tarde, como nadie ignora.

\* \*

Después de esta sociedad del segundo Imperio y de la Revolución, vino la de la Restauración y la Regencia, en que el salón brillante fué el de D. Antonio Cánovas, cuando contrajo matrimonio con Joaquina Osma.

Ya la mayor parte de los componentes de aquellas reuniones — que tenían por escenario el magnífico palacio de la Huerta —, ha desaparecido.

Desde tal fecha, ¡cuántos vacíos, empezando por el mismo gran estadista, a quien la bala de Angiolillo deshizo la potente cabeza!

Otra sociedad surgió con el reinado nuevo. El salón hospitalario, amplio, con influencia social, de tal momento, fué sin duda el de la marquesa de Squilache.

No consiguió tan aína como la señora de Cánovas del Castillo reunir a todos sin excepción, y hasta tuvo que sufrir el ataque sordo, insidioso, de roedores, que algo contrastó su influjo, en suma muy útil y conveniente, pues se traducía en grandes obras de beneficencia y patriotismo.

Pero poco a poco, la situación de la marquesa fué haciéndose más clara y sólida en Palacio y en el gran mundo, y su figura destacándose más rodeada de respeto.

La marquesa no se había encontrado las cosas hechas, como pudiera una duquesa de Medinaceli, y en cierto sentido se la podía calificar de luchadora.

Si desde sus primeros años tuviese la posición altísima de otras reinas sociales, nadie la hubiese igualado en prestigio.

Su muerte señala una transformación y una reorganización.

\* \*

Este año la guadaña vendimió mucho.

Bastantes personalidades salientes, obligado pie de las tertulias, cayeron a sus golpes.

Aunque parezca que en esto no caben innovaciones, que no hay transición brusca, ello es que se oye repetir: «La sociedad que conocíamos se va.»

La guerra imponía ya este paréntesis en la actividad mundana.

Y, por otra parte, los bailes en los hoteles, con su inevitable promiscuidad, habían iniciado en Madrid eso que en París se llama «americanismo» en las costumbres.

Va pues a sufrir una evolución honda la sociedad, cuando el ángel de la paz (en cuyos buenos oficios apenas nos atrevemos a creer), tienda sus alas hoy desplumadas por el aire ardiente que levantan los proyectiles.

Signo de lo fugaz de las glorias sociales, es observar a las mujeres que reinaron en los salones, cuando han optado por el retiro y renunciado a toda vanidad; verlas pasar, encogidas, vestidas de negro, peinadas sin alio, hacia la iglesia donde hacen sus devociones, sentaditas en un ángulo, baja la cabeza sobre el libro de las «visitas» eucarísticas, únicas que pagan ya...

¡Pero un espectáculo más penoso aún es mirar a esas mismas ex-reinas, empeñadas en prolongar la belleza y la juventud por medio de artificios que a nadie engañan!

La excepción, son mujeres como la marquesa de Squilache, que conservan, hasta su último día, atractivos y gentileza, y mueren dejando de sí una memoria amable, casi diré artística, casi diré florida — a despecho del implacable Kronos —.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



## CARTA DEL HIJO, POR JUAN B. ENSEÑAT, dibujo de Carreres



— ¡No llores, abuelita!, le dijo abrazándola

El joven capitán de infantería Eugenio Cordier se encontraba de guarnición en una de las plazas fuertes de la frontera lorenesa, no lejos de Verdún, cuando estalló la actual conflagración europea, y a las pocas semanas entraba en fuego sin haber podido ir a abrazar a su familia antes de marchar al campo de batalla.

Desde entonces, el capitán Cordier y su compañía han tomado parte en innumerables acciones de guerra, y a pesar de los sufrimientos de tan larga y horrorosa campaña, su valor y firmeza no han flaqueado un solo momento.

Los ancianos padres del capitán Cordier y su hija, linda criatura de siete años, huérfana de madre desde el día de su venida al mundo, residen en Agde, tranquilo puerto fluvial del departamento del Herault.

Cordier padre, maestro jubilado, impedido por la gota, se pasa la vida en un sillón, junto a la estufa o en el jardín, según la temperatura reinante, en compañía de su esposa y de su nieta.

Las interminables horas de ocio son muy tristes para los dos pobres viejos desde el comienzo de la guerra, sin que las gracias infantiles de la indolente y vivaracha niña logren reanimar su abatido espíritu.

Su imaginación ve constantemente a su hijo presa de atroces sufrimientos o amenazado de mortales peligros, y cada cual disimula en lo posible el tormento de su alma por no aumentar el del otro.

Eugenio les ha escrito con frecuencia desde el

principio de la campaña, pero misivas muy breves, expedidas a escape entre dos acciones de guerra, para calmar, con una lacónica fe de vida, la natural inquietud de los dos pobres viejos. Cuando la ocasión se lo ha permitido, de tarde en tarde, ha sido extenso, todo lo extenso posible en su correspondencia con su padre, y la llegada y lectura de cada una de estas cartas en que el oficial cuenta emocionantes episodios e intimidades de su vida de campaña, es un acontecimiento para la amante familia.

Durante los fríos extemporáneos de la pasada primavera, Cordier padre, después de haber disfrutado hermosos días en el jardín, había tenido que refugiarse de nuevo en el salóncito de la estufa.

En una de aquellas tardes frías, la llegada del cartero interrumpió la triste meditación de los ancianos.

— ¡Carta de papá!, gritó saltando de júbilo la niña, que había recibido el precioso pliego y reconocido la letra del sobre.

El abuelo la abrió con mano temblorosa y empezó la lectura con voz alterada por la emoción:

«Mis queridos padres, Luisita de mi alma: hace días que quería escribiros extensamente, pero hasta hoy me lo ha impedido un cambio de posición. Las últimas semanas han sido duras. Al penoso trabajo que los soldados venían sosteniendo, se han añadido las penalidades de una temperatura nada clemente y de lluvias torrenciales. Sin embargo, apenas tenemos un tres por ciento de enfermos. Todos soportan con un valor admirable esta vida de trincheras, en que las inquietudes, los sobresaltos, las sorpresas, los

ataques son continuos. Sin embargo, como apenas adelantamos, nos consumimos de impaciencia. Pero todo el mundo espera que dentro de algunos meses empezará la *otra* campaña, y nuestros hombres hablan con frecuencia del momento en que vamos a *avanzar*; porque a nadie se le ocurre la idea de que podamos *retroceder*, y esto es una gran fuerza moral.

«Yo sigo sin novedad, a pesar de nueve meses de guerra. Ya estamos todos aguerridos, y creo que nos acostumbraríamos a la idea de combatir perpetuamente, si no nos viésemos separados de los seres más queridos.»

La anciana no pudo reprimir un sollozo y se enjugó con el pañuelo las lágrimas que rodaban por sus rugosas mejillas. El Sr. Cordier interrumpió un instante la lectura, y Luisita, que, al lado de su abuelo, había estado escuchando con ávida atención la carta de su padre, corrió a consolar a la vieja.

— ¡No llores, abuelita!, le dijo abrazándola. ¿No has oído lo que escribe papá?.. Que está bueno... que no tiene novedad...

La pobre madre hubiera querido replicar que había oído muy bien, pero que desde el envío de la carta habían podido suceder muchas cosas. Sin embargo, calló sus aprensiones y dijo a su marido:

— Continúa.

La niña volvió al lado de su abuelo, que reanudó la lectura interrumpida:

«Hasta ahora mi compañía había experimentado relativamente pocas pérdidas; pero en estos últimos días hemos tomado parte activísima en sangrientos



combates cuya victoria nos ha costado el sacrificio de algunos héroes.

»Anteayer enterramos al sargento Tichy, oriundo de Agde, donde deja parientes a quienes conocéis. Fué un hermoso entierro con misa y música, dos coronas y una bandera por sudario. Es un consuelo para la familia de este valiente muchacho.

»Ayer tomé parte en un trágico suceso. Tocó a mi compañía el ataque de un bosque en que se había fortificado el enemigo y desde el cual cañoneaba nuestras posiciones.

»Después de tres horas de un asalto furioso, el bosque era nuestro. Con la espuma en los labios, febriles, nerviosos, cubiertos de lodo y sangre, mis hombres vieron de pronto interrumpido su irresistible empuje, porque los alemanes habían desaparecido.

»Al llegar al linde opuesto del bosque, comprendí la necesidad de organizar inmediatamente la defensa, y mandé la construcción de trincheras, prohibiendo ocupar las del enemigo, por temor de que estuviesen minadas y porque seguramente se hallaban a tiro marcado de la artillería enemiga.

»A la furia de luchar para vencer, sucedió la ingrata labor de acomodar el suelo a las necesidades de la defensa.

»Aun me parecía estar oyendo la última recomendación de mi coronel: «Defenderse hasta el último cartucho; resistir hasta el último hombre.» Y pensé: Resistiremos.

»Reconocí el horizonte. La campiña, en su mayor parte descubierta, declinaba hacia un lejano arroyuelo, cuya agua cristalina brillaba entre una doble hilera de sauces. Más allá, en la otra vertiente, las masas enemigas se hallaban estacionadas en orden de marcha.

»Tronó el cañón en las alturas. Apenas conquistada la posición, cayó sobre ella una lluvia de metralla; pero los tiros, demasiado largos, pasaron por encima de nosotros para ir a destrozar los cadáveres teutones amontonados en las antiguas trincheras.

»¡Bien hice en no fiarme!, murmuré.

»Contraatacó el enemigo, y nuestros hombres, metidos en las nuevas trincheras donde apenas cabían acurrucados, vieron venir y esperaron con serenidad a los alemanes. Éstos atacaron, como de costumbre, en masas compactas y profundas. Yo los dejé avanzar hasta menos de cien metros.

»Y ¡Ya son nuestros!, dije a mis hombres con una seguridad que los electrizó, y mandé en seguida:

»¡Fuego a discreción!

»Los lebreros crepitaban, las ametralladoras entraron en juego y la muerte empezó su obra, segando filas enteras; pero, al formidable empuje, los vivos pasaban por encima de los muertos y ganaban terreno. La horrible marea humana renovaba sin cesar sus rugientes olas, y seguía avanzando.

»A veinte metros de nuestras líneas, aun quedaba en pie una tercera parte de nuestros enemigos. Precisamos nuestro tiro, y cada bala derribó a un hombre. Una carga a la bayoneta dió cuenta del resto.

»Debíamos la victoria a la prudente precaución de haber cambiado de líneas de defensa.

»Mientras tanto, la artillería enemiga, muda durante el asalto, tardaba en reanudar su fuego infernal. ¿Por qué? ¿Qué esperaba?

»De pronto fui distraído de esta preocupación por un espectáculo extraño, inesperado y lamentable.

»Surgió de un bosque inmediato un viejo campesino, encorvado, con el rostro descompuesto, que avanzó penosamente hacia nuestras trincheras, llevando de la mano a dos rapazuelos, niño y niña, pálidos y andrajosos.

»Aunque el momento no era el más a propósito para sentimentalismos, no pude menos de acoger

máscara; este buen viejo no es un comediante. Por otra parte, su documentación estaba en regla. Me hallaba en presencia de un comerciante en ganado.

»Buscaba yo con la mirada un punto retirado en que los fugitivos pudiesen refugiarse, fuera del alcance de los gemelos enemigos, cuando el viejo desapareció de pronto con los dos muchachos en el fondo de un hoyo, obra antigua de alguna bomba.

»- ¡Bueno!, acepté; quédense ustedes aquí y no salgan para nada. Esta noche les haré internar.

»Encargué a un soldado que no perdiera de vista al hoyo, y me puse a observar al enemigo con mis gemelos.

»Ya atardecía, pero las reservas teutonas eran aún suficientes para intentar, antes de la noche, un nuevo contraataque.

»De pronto sentí que me tiraban del abrigo; volví la cabeza y vi que era la niña fugitiva, pero transfigurada, con el rostro encarnado y la mirada ardiente.

»- ¡Pronto, señor!, me dijo en voz baja; ¡venga a coger al viejo..., venga a sorprenderlo!..

»- ¡Ah! ¿Pues qué hace?, repliqué sobresaltado.

»- ¡Traición!, contestó lacónicamente. ¡Telefona!

»- ¿No es tu padre?

»- ¡Él!.. Ni sabemos quién es. Sólo sabíamos que era un espía, y mi hermano y yo hemos consentido acompañarlo con la esperanza de hacerlo atrapar.

»Me acerqué de puntillas al hoyo

puntillas al hoyo escuché. No había duda: el viejo informaba al enemigo en alemán:

»- Los franceses ocupan la linde del bosque... Rectificad el tiro; apuntad treinta metros adelante.

»Entonces me dejé ver, revólver en mano. Cogido in fraganti, el espía levantó la cabeza. Ya no estaba encorvado; en vez de la máscara de candor, vi un horrible visaje de odio, contraído por el miedo.

»- ¡Hacedme prisionero!, imploró el prusiano. Soy militar como vos.

»Una bala en la frente puso fin a su bajeza.

»Entonces pensé en seguida en mis hombres.

»- ¡Abandonad rápidamente vuestras trincheras para ir a ocupar las alemanas!, les grité. La artillería enemiga va a rectificar el tiro.

»El cambio se operó en pocos minutos. Momentos después caía en la linde del bosque una lluvia de granadas que hubiera diezmado nuestras tropas en sus zanjas rudimentarias y mal protegidas.

»Abracé a los niños y les dije:

»- Nos habéis salvado y es justo que se os recompense. ¿Sois hijos de padres pobres?

»- ¡Ay, señor!, contestó el niño; somos huérfanos. Mi padre, portador de un parte de una comandancia francesa, cayó prisionero y fué fusilado por los prusianos, y nuestra madre pereció en el incendio de nuestra casa.

»La oficialidad de mi compañía se ha cotizado para pagarles el viaje hasta Agde, donde os suplico que los amparéis hasta que se decida su suerte. Luisita tendrá por hermanos, al menos mientras dure la guerra, a estos dos pequeños héroes, salvadores de mi compañía.»

La hija del capitán Cordier saltó de júbilo y abrazó alternativamente varias veces a sus abuelos, que sin disimulo dejaron rodar por sus arrugadas mejillas los lagrimones que brotaban de sus ojos.



Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1915. - La Gracia, cuadro de Julio Romero de Torres, pintor premiado con primera medalla en 1908. (De fotografía de J. Lacoste.)

piadosamente a aquellos infelices que indudablemente huían del enemigo. La prudencia me impedía cobijarlos en mi campo, pero me faltó valor para rechazarlos hacia los invasores. Por otra parte, me pareció conveniente retenerlos a fin de que no pudiesen indicar al enemigo la exacta situación de nuestras trincheras y resolví obligarlos a permanecer ocultos. Parecían extenuados por la miseria y la fatiga. Tuve que dominar mi emoción para proceder al interrogatorio oportuno:

»- ¿Es usted del país?

»El viejo, como si no hubiese oído la pregunta, cada vez más abatido y encorvado, con las facciones alteradas por una desolación vehemente, empezó a gemir:

»- ¡Ay, señor, ay, me lo han quitado todo..., me lo han robado todo!.. ¡Me han dejado con estas dos criaturas en la mayor miseria!

»- Usted no ha contestado a mi pregunta, le dije para arrancarlo a sus terribles visiones.

»- ¡Ya se ve que soy del país!, replicó atontado.

»Miré más detenidamente al hombre, y a pesar de sus espaldas encorvadas, me pareció bien fornido y robusto.

»¿Será lo que representa y dice, o un falso campesino?, pensé yo. ¿Hago bien en desconfiar, o un celo exagerado me inclina a ver espías en todas partes?

»Entonces recurrí a una estratagema que suele darme resultado:

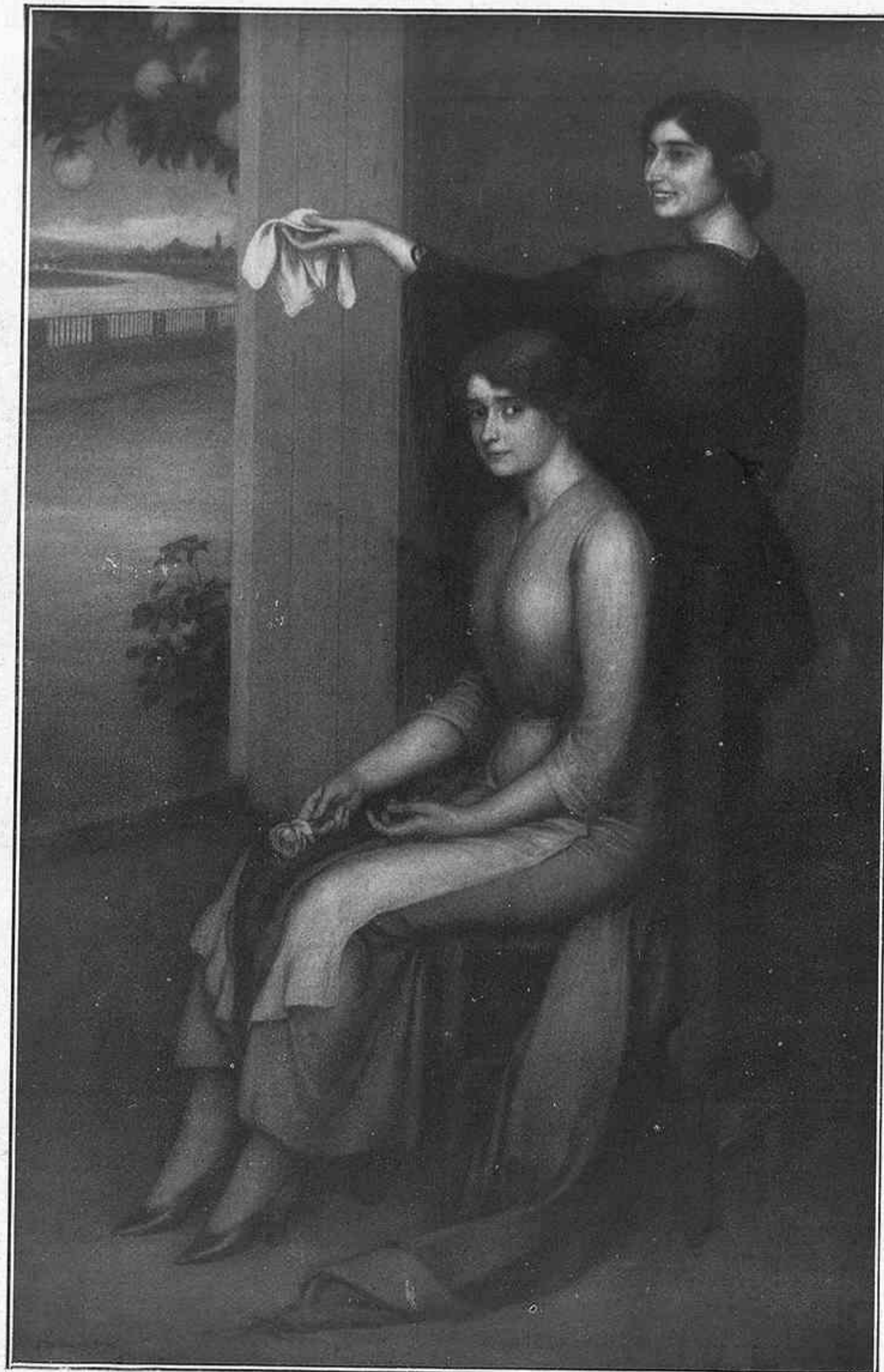
»- ¡A ver sus papeles!, dije bruscamente al viejo, envolviéndolo en una mirada escudriñadora.

»El hombre hizo un movimiento de sobresalto, sacó una grasieta cartera del bolsillo interior de su blusa y me la entregó alzando la frente y mirándome con los ojos muy abiertos. Unos ojos algo espantados, pero llenos de candidez, que no revelaban aprensión ni temor alguno. Reprimí una sonrisa de satisfacción y dije para mí: No, este rostro no es una





Retrato de la Srta. C. P. L., por E. Urquiola, premiado con 2.<sup>a</sup> medalla



Las niñas de la Ribera, cuadro de Julio Romero de Torres



Pleamar, cuadro de Cecilio Pla y Gallardo, pintor premiado con varias medallas en anteriores exposiciones



EL 14 DE JULIO EN PARÍS Y EN LISBOA



El Presidente de la República Sr. Poincaré leyendo su discurso en el pórtico de los Inválidos. A la derecha del Sr. Poincaré está el señor Dubost, presidente del Senado; a la izquierda, el Sr. Deschanel, presidente de la Cámara de Diputados. (De fotografía de Rol.)

París.—Inhumación de los restos de Rouget de l'Isle en los Inválidos  
Exposición del féretro en el Arco de Triunfo. (De fotografía de Branger.)

La fiesta nacional del 14 de Julio ha sido dedicada este año en París a la inhumación de los restos de Rouget de l'Isle, el autor de la *Marsellesa*, en los Inválidos.

Rouget de l'Isle falleció en Choissy-le-Roy, el 27 de junio de 1836 y allí fué enterrado; el día 13 de este mes su sarcófago fué exhumado de aquel cementerio y trasladado al día siguiente a París en donde quedó expuesto al pie del Arco de Triunfo, alrededor del cual estaban formadas las tropas de la

*sellesa*, con acompañamiento de una banda militar y coreados por todo el público. Inmediatamente el cortejo, precedido por los generales Gallieni y Galopin, al frente de una escolta de dragones, presidido por el Sr. Poincaré y seguido de las tropas del campo atrincherado de París, encaminóse hacia los Inválidos, siendo saludado en todas partes con patrióticas aclamaciones, mientras evolucionaban en los aires algunos aeroplanos militares. Al paso del cortejo, los heridos que están en tratamiento en los diversos hospitales militares, tributaron continuas ovaciones a los soldados que iban en la comitiva.

A poco más de las diez y media, entró el cortejo en los Inválidos en donde daba guardia de honor un piquete de guardias republicanos con uniformes de gran gala. El Presidente de la República, tras un

breve descanso en un salón improvisado a la entrada de la capilla de San Luis, leyó un elocuente discurso inspirado en el más alto patriotismo y que fué saludado al final con una ovación estruendosa.

Terminó la ceremonia repitiendo la señora Delna y el Sr. Albers las estrofas de la *Marsellesa* que, como antes, fueron coreadas por la inmensa concurrencia allí congregada.

En Lisboa efectuóse el día 14 una manifestación de la marinería de guerra en homenaje a sus compañeros muertos en el movimiento revolucionario de 14 de mayo último.

En ella figuraron también contingentes de la guardia fiscal, de la policía, de la guardia republicana y representantes del Presidente de la República y del gobierno.

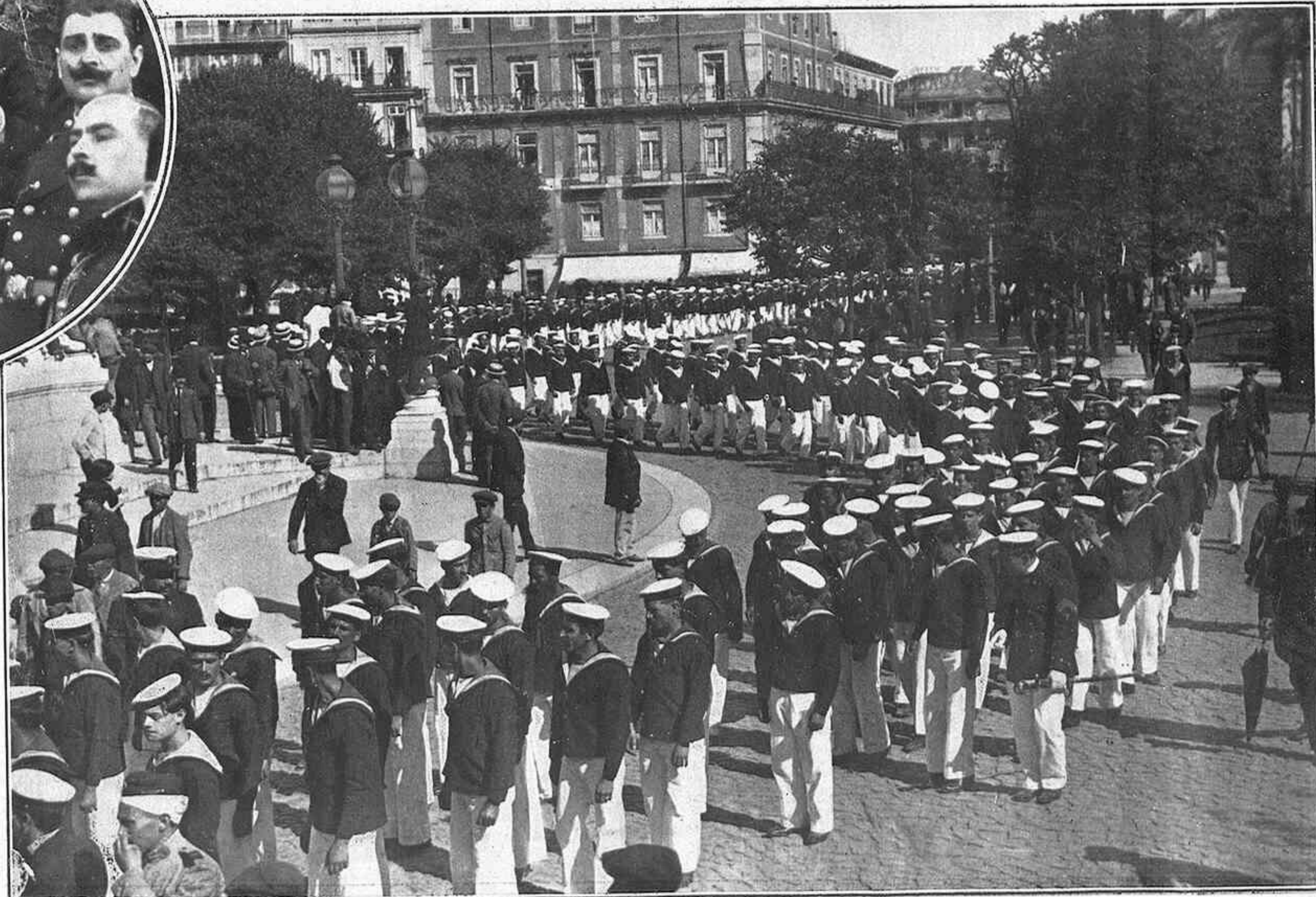
Los manifestantes se reunieron en la plaza del Comercio y desde allí se dirigieron al cementerio, en donde fueron depositadas varias coronas y pronunciaron elocuentes discursos Leotte da Rego, un sargento de marina y algunos conocidos políticos civiles.



guarnición de la capital al mando del general Galopin, y se agrupaba un inmenso gentío. El sarcófago fué colocado sobre la cureña de un cañón de las primeras guerras de la República y le dieron guardia de honor soldados del primer regimiento de Ingenieros, al que perteneció Rouget de l'Isle.

A las diez, presentóse el Presidente de la República acompañado de los presidentes del Senado, Sr. Dubost, y de la Cámara de Diputados, Sr. Deschanel, siendo acogidos con entusiastas aclamaciones. Pocos momentos antes había llegado al Arco de Triunfo el gobierno presidido por el Sr. Viviani.

La Sra. Delna y el barítono Albers, de la Ópera Cómica, cantaron las estrofas de la *Mar-*



Lisboa. Manifestación de la marinería de guerra en homenaje a sus compañeros muertos en la última revolución  
El capitán de fragata Leotte da Rego leyendo un discurso en el cementerio. — La manifestación dirigiéndose al cementerio. (Fots. de A. Rato.)



LA GUERRA EUROPEA. (De fotografías de Branger y Rol.)



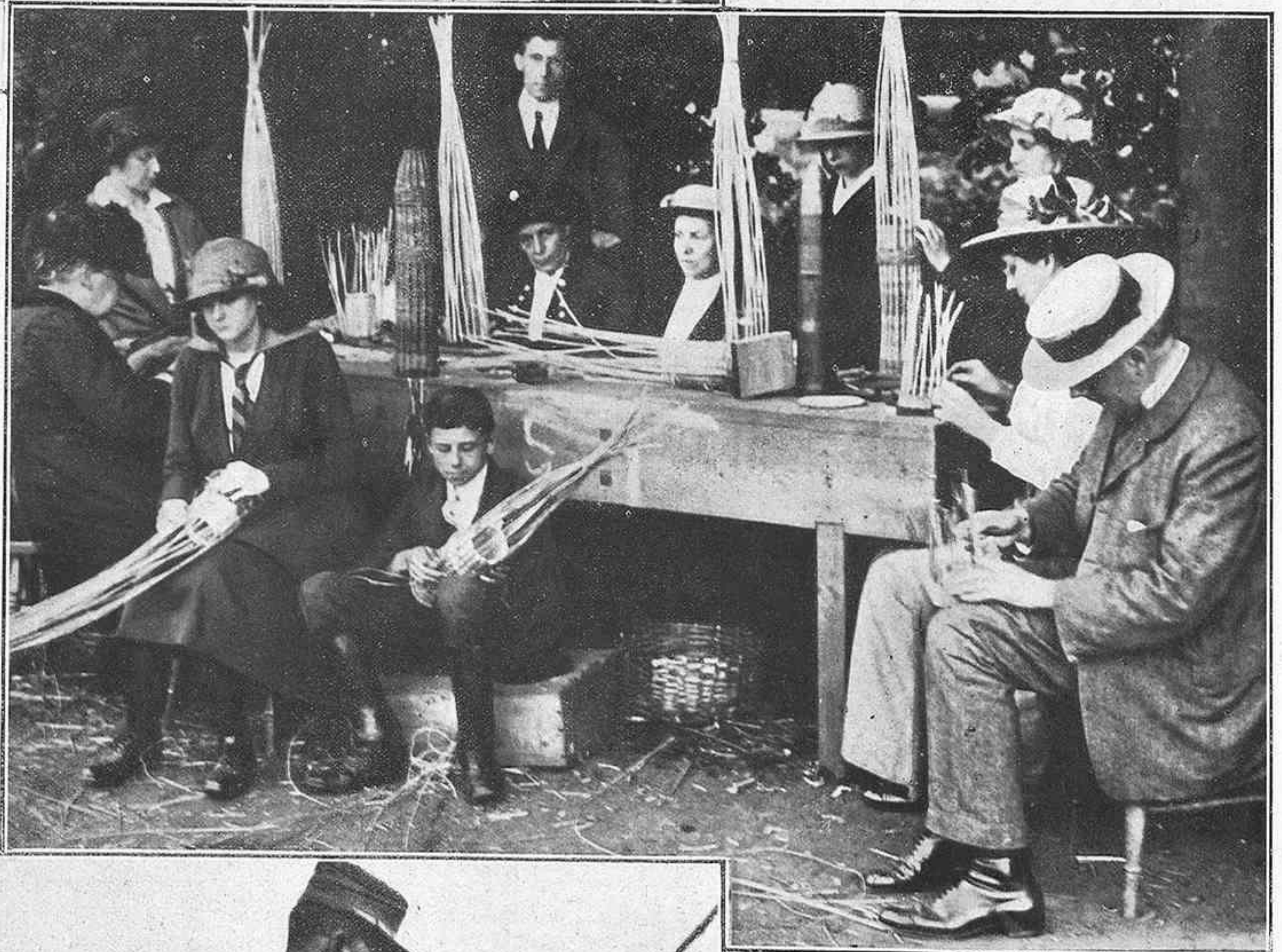
Las avanzadas francesas de la Champaña.  
Distribución del correo entre los soldados

*Teatro de la guerra de Occidente.* - Dicen los partes de los aliados: que en Iprés-Mesnil los ingleses han causado una grave derrota a los alemanes; que en la región de Arrás los franceses han rechazado ataques contra el Laberinto, las posiciones de Fontenelle y al Oeste y Sudoeste de Souchez y han tomado una línea de trincheras alemanas al Sur del castillo de Carleul. En el Argonne el ejército del Kronprinz ha sufrido un gran descalabro, a pesar de que los alemanes dicen que obtuvo una victoria, pues si bien logró entrar en la primera línea y apoderarse de la altura 285, fué desalojado en seguida de ambas posiciones, no habiendo logrado en definitivo más que un avance de 400 metros; en la propia región, han rechazado varios ataques entre Marie Therese y Haute-Chevauchée; han atacado, a su vez, al Oeste de la carretera de Benarville a Vienne-le-Chateau, llegando en muchos puntos a las trincheras alemanas, y al Oeste de la selva han rebasado la carretera de Servón ocupando el pequeño bosque de Beauvain, que al día siguiente, sin embargo, fué recuperado por el enemigo. En los altos del Mosa han recobrado un elemento de trinchera que habían perdido en la meseta Sur del barranco de Sonvaux. En Lorena, han rechazado los ataques de los alemanes para recuperar las posiciones perdidas cerca de Leintrey y han conseguido ventajas en Manhoné-sur-Seille y en la selva Parroy. En los Vosgos han rechazado

un ataque contra la cabeza de puente de la orilla Este del Fecht y varias tentativas de los alemanes para reconquistar algunas posiciones perdidas.

Los alemanes dicen que en la región de Arrás han rechazado varios ataques contra la azucarera, el cementerio y otras posiciones de las cercanías de Souchez; que en el Argonne las tropas del Kronprinz han logrado un éxito completo habiendo tomado la altura 285 y rechazado todos los ataques del enemigo para recuperar las posiciones perdidas; que en los altos del Mosa se han consolidado en las posiciones conquistadas al Sudoeste de los Eparges; y que en Lorena han rechazado varios ataques.

*Teatro de la guerra de Oriente.* - Siguen los austroalemanes su avance en todo el frente y en especial en la región de Varsovia, estrechando cada vez más el semicírculo que van trazando sus líneas alrededor de esta plaza. Los rusos, en su movimiento de retirada, oponen, como siempre, una violenta y tenaz resistencia, causando grandes pérdidas a su adversario. He aquí las operaciones principales realizadas últimamente por los austroalemanes: han atravesado el Windau al Norte de Kurschang; han tomado varias posiciones avanzadas al Sur del Niemen, en la región de Kalwarja; han iniciado un avance entre el Vístula y el Pissa, rechazando en todo el frente al enemigo hacia el Narew; entre el Orshiz y el Pílica, han tomado Prasznyz, que los rusos habían fortificado mucho durante su ocupación desde febrero, y las líneas de defensa de Krasnoselo a Cichechanow; entre el Vístula y el Bug, han roto las líneas rusas al Sudoeste de Krasnotaw, se han apoderado de esta población, han ocupa-



En Inglaterra. - Familias de la alta sociedad confeccionando envolturas de mimbre para el transporte de proyectiles de artillería.

do un importante punto de apoyo cerca de Grabower y varias alturas y pueblos, así como algunas posiciones avanzadas al Norte de Krasnik; han atravesado el Bug al Norte de Sokal, obligando a los rusos a retroceder en todo el frente, y han obtenido victorias en la orilla derecha del Dniéster, más arriba de Nizniow.

Los rusos confiesan en sus partes oficiales este avance de los austroalemanes y dicen que en algunos puntos, ante la superioridad de las fuerzas enemigas, han rehusado empeñar combates decisivos y se han retirado a sus posiciones de segunda línea; y en otros han logrado rechazar violentos ataques y conseguido algunos éxitos importantes, singularmente en el Dniéster y en el Zlota Lipa, en el extremo Sur del frente de batalla.

*Italianos y austriacos.* - Sigue la ofensiva de los italianos especialmente en Carnia y en la región del Isonzo. En Carnia han ocupado algunas nuevas posiciones; y en la región del Isonzo continúa con gran violencia y favorablemente para los italianos la lucha en las inmediaciones de Goritza, habiendo aquéllos forzado el paso del río al Norte y al Sur y destruído importantes fortificaciones. Además han rechazado ataques contra posiciones que constituyen la cabeza de puente de Plava, han bombardeado por medio de aeroplanos un campamento de los alrededores de Goritza, y siguen bombardeando con eficacia las defensas del desfiladero de Predil.

Los partes del cuartel general austriaco se limitan a decir que han sido rechazados en varios puntos los ataques de los italianos.



Soldados franceses dedicados a la pesca con caña durante las horas de reposo





**En las líneas alemanas. Entrada de una vivienda construída en las trincheras**

Como se ve en el grabado, esta vivienda reúne todas las condiciones posibles de comodidad y seguridad; está construída debajo de tierra, tiene puertas y ventanas con sus correspondientes persianas y postigos, y se halla cubierta de tierra y broza para evitar la acción destructora de los proyectiles enemigos





Heridos alemanes convalecientes distra-  
yendo sus ocios en los jardines del hos-  
pital; tres de ellos confeccionan cestas  
de mimbres, mientras el cuarto se entre-  
tiene tocando la guitarra.

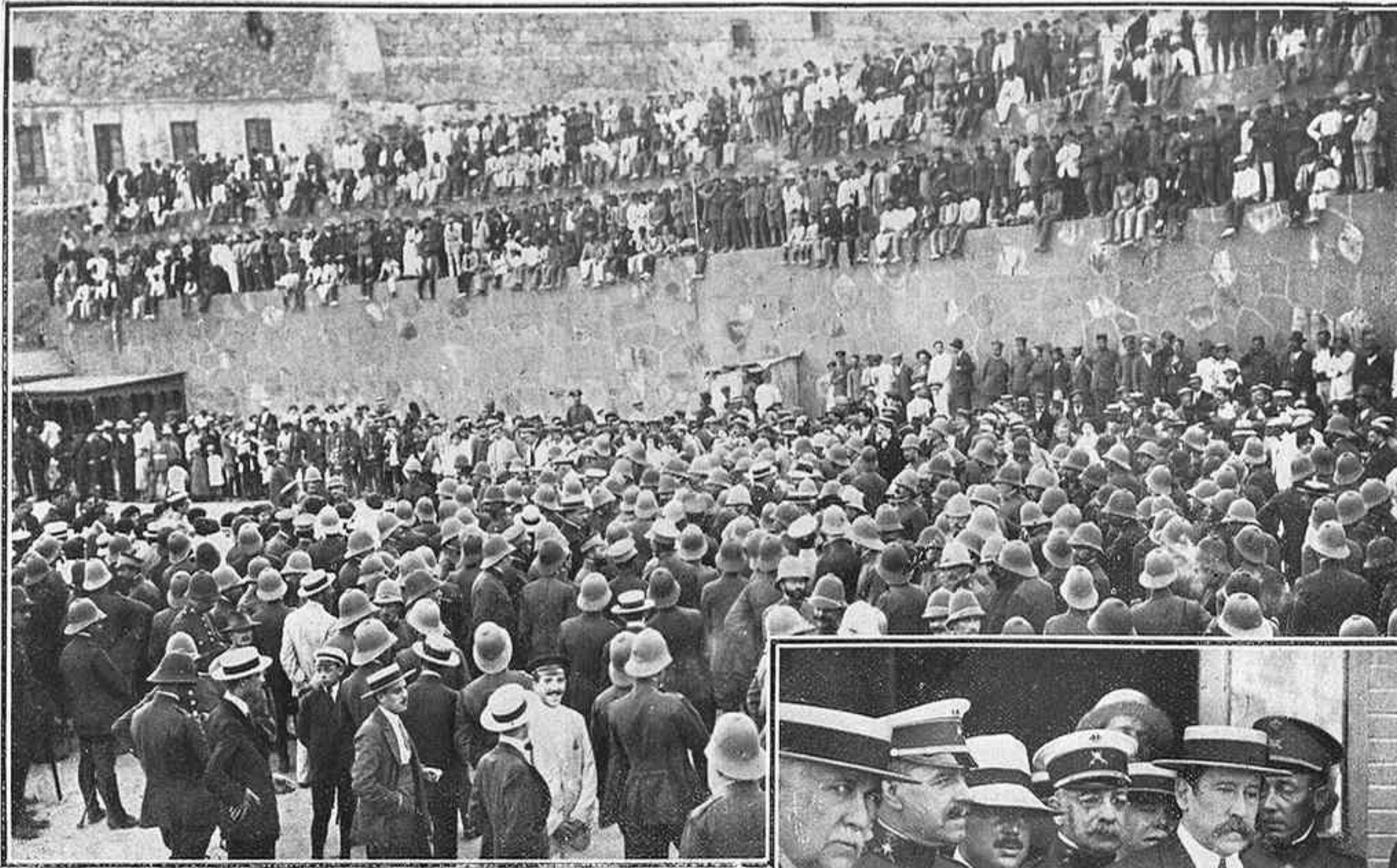


Soldado alemán que se ha quedado ciego des-  
pués de haberse batido valerosamente, según  
lo prueba la cruz de hierro que ostenta en su  
pecho, y que aprende a ejecutar pequeños  
trabajos manuales.



Inválidos de la guerra alemanes entretenidos en inocentes pasatiempos que les permiten olvidarse momentáneamente de su triste situación y de su no menos triste porvenir





Melilla. - Aspecto del muelle en el momento de embarcarse para la península el nuevo Alto Comisario de España en Marruecos, teniente general Gómez Jordana. (De fotografía de Lázaro.)

LOS GENERALES GÓMEZ JORDANA Y MARINA EN MADRID

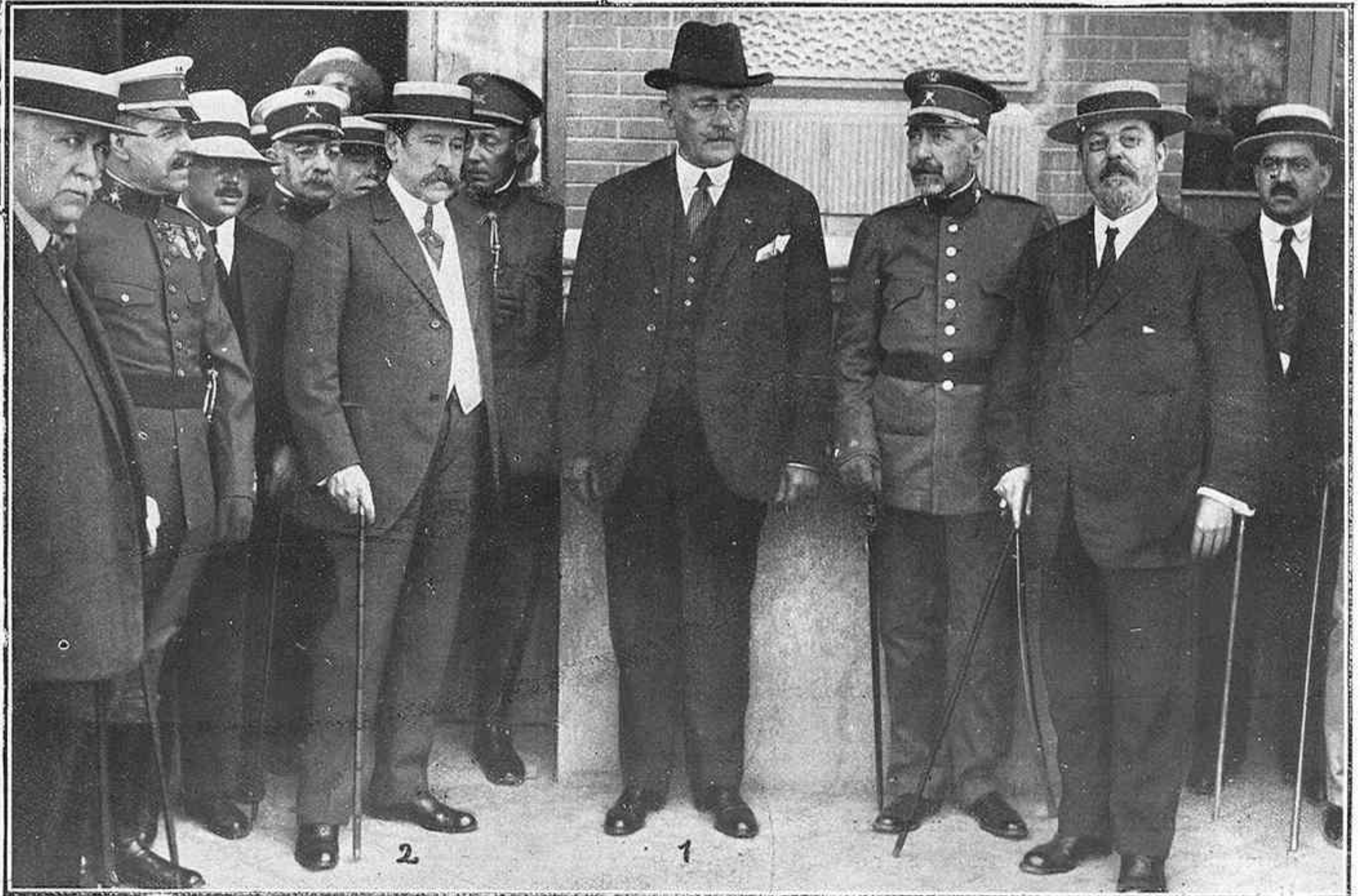
El día 16 de este mes, llegó a Madrid procedente de Melilla el nuevo Alto Comisario de España en Marruecos, teniente general Gómez Jordana, quien al salir de aquella plaza africana para la península fué objeto de una despedida tan entusiasta como cariñosa por parte de todos los melillenses sin distinción de clases, pues todos quisieron demostrar su afecto y agradecimiento al militar ilustre que, al frente de la Comandancia general tanto ha hecho en pro de la ciudad y con tanto talento ha sabido extender, consolidar y hacer amable a los indígenas la acción española en las comarcas rifeñas.

A su llegada a la corte el general Gómez Jordana fué recibido por el ministro de la Guerra, conde del Serrallo, por los generales Pando, Jofre, Fernández Llanos, Arraiz de Conde-rana, Souza y Bascarán, por el Dr. Maestre y por varios jefes y oficiales, amigos personales suyos. En el automóvil del conde del Serrallo y acompañado de éste, dirigióse al Palace Hotel, en el que se ha hospedado, y desde allí al ministerio de la Guerra y a la Presidencia del Consejo de Ministros, en donde celebró una extensa conferencia con el presidente y con los ministros de la Guerra y de Estado.

Al día siguiente, marchó a la Granja, siendo allí objeto de toda clase de atenciones por parte de la Real familia y celebrando con S. M. el Rey dos largas e interesantes conferencias.

De regreso en Madrid conferenció extensamente con el ministro de Estado habiéndose examinado en aquella entrevista todos los problemas relativos a Marruecos y convenido los puntos más esenciales de la política que el general Gómez Jordana ha de desarrollar en su nuevo cargo.

El general Marina, a quien la población de Tetuán tributó también una grandiosa despedida, llegó a Madrid el día 20, siendo recibido por el presidente del Consejo de Ministros, el



Madrid. - Llegada del teniente general Gómez Jordana (1), quien fué recibido en la estación por el ministro de la Guerra, conde del Serrallo (2), y por otras distinguidas personalidades. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

ministro de la Guerra, el general Gómez Jordana y numerosos jefes y oficiales. Inmediatamente después de su llegada, el general Marina y el general Gómez Jordana conferenciaron extensamente en el Palace Hotel acerca de los asuntos de Marruecos, enterando el general Marina a su sucesor de varias cuestiones de carácter reservado. Al día siguiente, los dos generales se reunieron en la Presidencia del Consejo de Ministros con el presidente y el ministro de la Guerra, quien por la noche obsequió a aquéllos con un banquete que se celebró en el palacio de Buenavista y al cual asistieron, además de los obsequiados, el presidente del Consejo, el obispo de Sión, el ministro de Marina, los generales Weyler y Pando y otros dis-

hicieron adquirir una educación esmerada, así como la frecuentación de los centros artísticos y la amistad y el trato de las grandes artistas y cantantes fueron afinando su nativa elegancia,



Madrid. - Llegada del general Marina (1), ex Alto Comisario de España en Marruecos. A los lados del general están el presidente del Consejo de Ministros (2), el exministro de la Guerra (3) y el general Gómez Jordana (4). (Fot. J. Vidal.)



La célebre cupletista madrileña Consuelo Vello, conocida por La Fornarina, fallecida en Madrid el día 17 del corriente. (De fotografía remitida por J. Vidal.)

realzada por su hermosura incomparable. En Francia, en Alemania, en Austria, en Rusia fué solicitada con sueldos elevadísimos, y por todos los públicos vióse aplaudida con entusiasmo y agasajada y mimada con verdadero cariño.

Dotada de una voz dulce y bien timbrada que emitía y modulaba deliciosamente, tenía, además, una gracia especial, una delicadeza, una finura que la diferenciaban de la generalidad de las artistas de su género. Era afable y sencilla en su trato y en extremo caritativa y generosa. ¡Descanse en paz!



# MI TÍO FLORENCIO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR ANDRÉS THEURIET. - ILUSTRADA POR E. BOUARD. (CONTINUACIÓN.)

Llegamos mucho antes de la hora de salida: mi tío Florencio tiene un miedo terrible de que se le escape el tren y, como las personas poco acostumbradas a viajar, siente la fiebre de la partida.

Vigila con desconfianza el trasbordo de las maletas y corre en busca de la ventanilla en que se visan los billetes circulares.

Entonces noto que, fiel a sus principios de economía, ha tomado billetes de segunda clase. Para aquel largo trayecto nocturno, yo hubiera preferido ir en primera, pero es mi tío el que paga y nada puedo decir.

Después de las formalidades del refrendo, corre a la sala de equipajes y se agita para activar la operación de facturar nuestras maletas. Sus gritos y gesticulaciones parecen divertir a los viajeros y a los empleados, que se ríen en sus barbas.

El caso es que Florencio Garaudel es ligeramente ridículo con sus razonamientos y lo extraño de su indumentaria.

So pretexto de vestirse de turista se ha encasquetado una gorra de dril con cogotera; ha enfundado sus piernas en altas polainas, amarillas, sobre las cuales caen los faldones de una levita de color pardo obscuro, abrochada hasta el cuello.

Yo mismo le encuentro grotesco, y ya quisiera verlo confiado en el fondo de un coche bien obscuro.

Por fin queda formado el tren.

Bajo la vasta nave de cristales, que el sol poniente llena de un vaho rojizo, corremos en busca de un departamento libre. Descubro uno enteramente vacío. Se lo señalo a Florencio, que se precipita en él y se apresura a llenar los asientos con su manta, sus gemelos con su estuche, un guía Joanne y una maletita de turista.

Se imagina ingenuamente que de esta manera hará creer a la gente que todos los puestos están ocupados.

- El procedimiento, le digo, es pueril y no engañará a nadie... Además, es poco caritativo.

- De viaje, contesta cínicamente Florencio, no hay caridad cristiana, no hay más que ángulos...

Al mismo tiempo, se instala a sus anchas en uno de los ángulos del fondo, de espaldas a la máquina, pues no le gusta recibir directamente la corriente de aire.

Mientras se arrellana en su asiento estirando sus largas piernas, un cura risueño y bastante gordo sube al departamento, quita cortésmente la maletita colocada sobre el almohadón y se instala en frente de Florencio Garaudel, sin hacer caso de los refunfuños del exdroguista.

Los empleados gritan:

- ¡Señores viajeros, al tren!

Y cierran ya las portezuelas con estrépito, cuando dos señoras sofocadas, una joven y otra vieja, se detienen delante de nuestro departamento, todavía abierto.

- ¡Ay, Jesús!, exclama la más joven inspeccionando con espanto el interior, está todo ocupado.

- No, señoras, replica complacientemente el cura, pueden ustedes subir, hay sitio de sobra.

Apresuradamente, la joven abraza con ternura a la vieja y sube a fin de colocar los paquetes que su compañera le va dando, mientras un empleado cierra precipitadamente la portezuela.

Entonces la viajera asoma la cabeza hacia fuera y dice dirigiéndose a la anciana:

- Hasta más ver, tía Sofía; gracias por todas sus bondades.

Yo examino con disimulo a la tía.

Es una mujer que ha cumplido seguramente la cincuentena; viste con modestia, pero con esmero, un antiguo traje de seda negra; bajo su capota guarnecida de pensamientos ajados, dos tirabuzones de cabellos grises encuadran un pálido rostro de facciones delicadas, que secretos sufrimientos parecen haber marchitado precozmente; sus ojos cansados y

melancólicos se hallan ansiosamente puestos en aquella sobrina que se va.

- Dionisia, hija mía, hasta más ver, pero ¿cuándo?.. Estos quince días de vacaciones han transcurrido demasiado aprisa... ¿Estás, al menos, bien acomodada en tu coche?

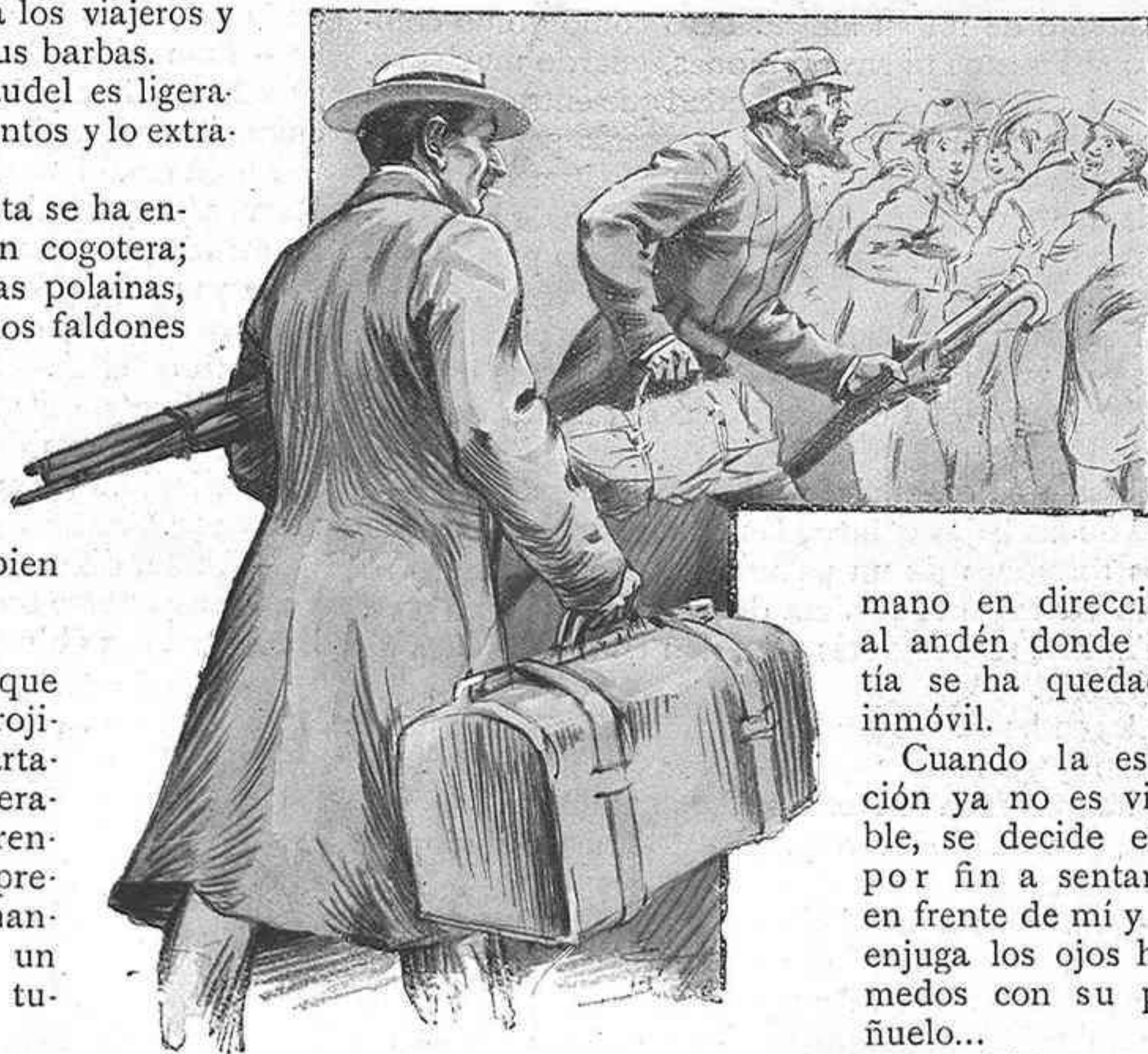
- Muy bien..., tengo un rincón.

- ¡Cuidado con las corrientes de aire! ¡Animo y no tardes en darme noticias!

- Mañana mismo recibirá usted un telegrama... En cuanto al ánimo, ¡tengo una provisión!..

Un silbido.

El tren se pone en marcha, pero la joven viajera permanece asomada a la portezuela. Agita aún la



Yo mismo lo encuentro grotesco...

mano en dirección al andén donde su tía se ha quedado inmóvil.

Cuando la estación ya no es visible, se decide ella por fin a sentarse en frente de mí y se enjuga los ojos húmedos con su pañuelo...

El rápido corre a lo largo del Sena que el sol poniente

tiñe de púrpura. Apenas entrevistas, las pequeñas estaciones pobladas de hotelitos se desvanecen en el aire tibio de julio.

Sin ocuparse de su *vis à vis*, el cura aprovecha un resto de luz del día para terminar la lectura de su breviario.

Irritado por aquella total indiferencia, Florencio Garaudel se agita, se menea con estrépito, y me interpela a cada instante para hacerme preguntas estrambóticas, a las cuales yo contesto distraídamente, pues mi atención se halla agradablemente puesta en el rostro juvenil de la viajera que tengo delante.

Acaba de quitarse su sombrero de paja y lo coloca en la red, después de haberlo envuelto y prendido cuidadosamente con alfileres en un lienzo blanco. Luego saca de su saquito de mano una mantilla negra y se la pone airosa a la cabeza.

Iluminada por el vaporoso resplandor del crepúsculo, me ofrece un espectáculo mucho más interesante que la cara interrogante de mi tío.

Parece tener unos veinte años.

Los pliegues de una simple falda de lana gris y de una blusa revelan, sin acusarlos demasiado, la flexibilidad del talle y la gracia del busto.

Ningún dije.

El cuello blanco y fresco surge de la muselina de un cuello vuelto sobre la blusa.

La mantilla negra encuadra muellemente el óvalo de un rostro de contornos delicados.

La tez es mate; los labios sonrosados y carnosos expresan la franqueza y la bondad; cuando se entreabren, producen lindos hoyuelos en las mejillas.

La nariz de alas móviles es de un perfil bastante puro: bajo las cejas negras, se abren unos grandes ojos detrás de la franja de las pestañas. Las pupilas tienen el color aterciopelado de esa escabiosa llamada «flor de las viudas», y tienen también la limpidez del agua de una fuente cristalina.

Abundantes cabellos negros ondean sobre la fren-

te tersa, de una firmeza inteligente. El rostro juvenil es simpático.

Cree uno adivinar en él la ingenua generosidad de un alma sensible que tiene confianza en la vida y aun no ha sospechado las fealdades ni las decepciones que ésta suele reservar a los mortales.

Ya sé que a veces esos bonitos rostros femeninos ocultan malos caracteres y nos preparan engañosas sorpresas. Sin embargo, en el caso presente, mucho me extrañaría que mi ciencia psicológica me engañase.

Hay en ese simpático rostro una expresión de natural candor que la mujer más hábil no logra imitar. Si esos puros labios mienten, si esos negros ojos no son sinceros, hay que «dudar, como dice Hamlet, de la luz de las estrellas y de los rayos del sol».

Mientras examino disimuladamente a la interesante desconocida, procuro diagnosticar quién es ella, cuáles son sus antecedentes y qué destinos la aguardan al término de su viaje...

Desde luego es una señorita y una parisiense: esto se conoce en toda clase de pequeños indicios.

Parece ser tiernamente amada por esa tía que la acompañó hasta el tren, y ella parece querer también mucho a la anciana, puesto que lloraba al despedirse.

¿Qué necesidad la obliga a privarse de ese afecto y a emprender, sola, a los veinte años, un viaje bastante largo?

¿Regresa a casa de parientes menos queridos o va a ganar su pan fuera de su país?

Sea como fuere, la nueva condición hacia la cual se dirige no ofrece seductoras perspectivas, puesto que, en el momento de partir, su tía le ha deseado que tuviera «ánimo», y puesto que la joven le ha contestado resueltamente que, en cuanto a ánimo, «tenía una provisión...»

La viajera no parece notar el examen de que es objeto.

Ha sacado de su saquito de mano un libro encuadernado que trata de leer colocándose bajo la luz de la lámpara fija en el techo encima de su cabeza; pero la lámpara vacilante no proyecta más que una avara claridad, y la lectora se ve pronto obligada a renunciar a esa fatigosa tentativa.

Se acerca a la portezuela, pone el libro sobre el asiento y sus ojos vagan distraídamente por los campos recién segados de la Beauce, por el cielo brumoso que se tachona de estrellas.

Hace poco, en el azul verdoso, aun vagaba una ligera y rosada nube; poco a poco, la noche lo ha invadido todo y el tren huye a través de una misteriosa obscuridad.

Hace un buen rato que el cura ha dejado caer su breviario; mi tío, envuelto en su manta, se ha vuelto taciturno. Ambos cierran los párpados y caen en el sueño.

Poco después, del fondo del departamento parte un doble ronquido sonoro. El del cura, es quejumbroso y discreto como el gemido del viento a través de los pinos; el de Florencio, mugriento y gutural, parece salir de una trompa de órgano.

Esto forma un dúo tan cómico que la joven vuelve curiosamente la cabeza hacia los durmientes.

Nuestras miradas se encuentran y cambiamos una muda sonrisa. Esta comunión en la risa ha puesto como un lazo entre nosotros y me aventuro a romper el silencio.

- El movimiento del tren los ha mecido, digo a la joven viajera, y se han abandonado al sueño... ¿Eso no la convida a usted a imitarlos?

- No, señor, ni por pienso; no puedo dormir en tren.

- Entonces, señorita, permítame que le recuerde la recomendación de la señora que la acompañaba... En el sitio que ocupa, va usted a recibir en pleno rostro la corriente de aire... ¿Quiere usted que suba el cristal?

- No, dice ella, nos ahogáramos en este departamento cerrado.

- Entonces cambie de puesto conmigo, y estará al abrigo del viento y del polvo.

- Gracias, caballero... Con el calor que hace, no me es desagradable respirar la frescura del aire...



Además, me gusta mirar el paisaje de frente, hasta de noche. Mire usted, ahora sale la luna; el espectáculo va a ser encantador.

En efecto, por cima de las colinas del Orleanés, la luna, ya un poco roída, acaba de salir sumamente roja. Se eleva discretamente en el espacio; su color rubicundo palidece y adquiere el matiz de una medalla de oro viejo.



...y sus ojos vagan distraidamente por los campos...

El brillo de las estrellas se debilita, perdido en la blanquecina y nueva claridad.

Los rayos lunares echan una cinta de plata sobre las aguas del Loira, que costeamos, y bañan de una luz fosforescente los pámpanos de los viñedos que se extienden en el dorso de la colina.

La noche es tibia y tranquila.

Cuando el tren disminuye su marcha, se percibe en torno de las estaciones adormidas el cascabeleo agudo de los grillos y la flauta cristalina de las ranas de zarzal.

La intimidad invitante de la campiña suavemente iluminada, el aislamiento que crea en torno nuestro la huída ruidosa de un tren y el ronquido de los durmientes, me infunden confianza y me hacen más expansivo.

Después de una breve pausa, me aventuro a continuar la conversación:

— Esta señora anciana que, en el momento de la partida, le mostraba a usted tan atenta solicitud, parece quererla a usted mucho.

— ¿Mi tía?, contesta la joven, que también se ha vuelto más comunicativa; sí, es mi única amiga y mi única parienta... Perdí a mi madre en la infancia, y mi padre, que era inspector de montes, murió antes de la edad de tomar el retiro. Mi tía me acogió, me educó y me cuidó con una ternura maternal. Se lo debo todo, y me causa profunda pena el separarme de ella.

— ¿Se separan ustedes por primera vez?

— ¡Ay!, no... Si yo no hubiese escuchado a nadie más que a ella y seguido mi inclinación, hubiéramos permanecido siempre juntas; pero mi tía carece de fortuna; y ahora que estoy en edad de ganarme la vida, he querido buscar a mi vez un medio de dar mayor seguridad a su vejez... Hace ya seis meses que encontré una plaza de dama de compañía en casa de un rico azucarero de Burdeos. Este verano he obtenido quince días de licencia que he consagrado a mi tía. Esta feliz quincena ha transcurrido como agua entre los dedos, y ahora tengo que reunirme con mis amos para acompañarlos a alguna estación termal... Es dura la necesidad de colocarse en casa ajena, cuando está una acostumbrada a su casita propia en que ha sido mimada, cuidada y amada. Sin embargo, debo tenerme por muy dichosa de encontrarme, a los veinte años, en posesión de una plaza honorable, bastante bien retribuida. Conozco a muchas institutrices más dignas de lástima que yo y que envidian mi suerte...

Habla con esa bella confianza de la juventud que marcha alegremente por el camino de la vida, co-

giendo a derecha e izquierda las ramas verdes de la esperanza.

En la penumbra, sus labios sonríen; veo formarse los lindos hoyuelos de sus mejillas y lucir la blancura de sus dientes húmedos.

Pensando en los azares y en las decepciones de esa profesión de dama de compañía, siento por la hermosa viajera el más vivo interés.

— ¡Muy bien!, digo; veo con placer que usted posee un precioso talisman: el buen humor que aligera las cargas más pesadas. Eso ha debido facilitar singularmente sus comienzos en esa casa en que entró... ¿La familia es amable con usted?

— Bastante, replica riendo, más bien demasiado, a veces... Mis amos, como cada cual, tienen sus pequeños defectos y sus manías; pero ¿y qué? cuando una tiene que vivir con la gente, ha de llevar consigo sus preocupaciones. La familia se compone de tres personas: el padre, muy ocupado y a quien no se ve con frecuencia; la madre, una buena señora un poco neurasténica, constantemente preocupada de su salud, y la hija en fin, de veinte años de edad, muy guapa y muy inteligente...

— Mejor, debe ser para usted casi una camarada.

— ¡Ay!, ella es la que hace mi tarea particularmente difícil... Muy mimada, poco vigilada, es el tipo de la joven *modern style*. Si yo me prestara a ello, haría fácilmente de mí su amiga. Pero como yo no comparto sus gustos ni sus opiniones, guardo mucha reserva. La poca diferencia de edad que entre nosotras existe, me quita la autoridad necesaria para ser una rodrigona seria, y esto me crea una situación extremadamente delicada. Este es el reverso de la medalla; pero, fuera de este punto negro, no puedo quejarme...

Mientras hablamos, el rápido devora el espacio y llegamos ya a las cercanías de Tours. Entre espesuras de álamos, el Loira extiende sus aguas doradas por la luna.

El valle se ensancha y, de vez en cuando, en la cima de las bajas colinas, las techumbres de pizarra y los torreones de un palacio del Renacimiento se dejan ver entre la verdura de los dormidos parques.

Tímidos resplandores tiemblan en los cristales de un pueblo.

Llegan hasta nosotros bocanadas de olor de heno segado y de mieses que maduran, y mi vecina los respira con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡Qué bueno es respirar estos rústicos olores!, murmura.

— ¿Le gusta a usted el campo, señorita?

— Sí... Como todo el que se ve casi constantemente privado de él. Aunque me he vuelto parisienne, pasé mi infancia en provincia y tengo gustos de aldeana. Mi padre me llevaba a veces en sus excursiones... Era muy amante del bosque y me enseñaba a quererlo. Cuando, por casualidad, me encuentro en el campo, el aire libre me embriaga; vuelvo a ser montaraz en presencia de los árboles, del cielo y del agua.

Se nos aparece Tours, extendida entre sus dos ríos, con las blanquecinas torres de su catedral que emerge de una azulada bruma.

El tren se detiene un momento en Saint-Pierres Corps, y reanuda luego su loca carrera entre viñedos, trigos, montes bajos y landas de juncos.

A medida que la noche avanza, nuestra conversación se hace más intermitente.

Poco a poco, aunque dice que no puede dormir en tren, la joven empieza a perder la noción de las cosas; sus párpados se cierran, su cabeza se inclina sobre el azul respaldo acolchado del rincón y se rinde al sueño.

Yo levanto suavemente el cristal de la portezuela. Al mismo tiempo, el libro puesto al lado de la durmiente resbala a mis pies; lo recojo y lo entreabro discretamente. Es la edición Tauchnitz de *Jane Eyre*. En la guarda aparece escrito el nombre de la dueña en pequeños caracteres que descifro a la luz de la lámpara: «Dionisia Suzor.»

«¡Ah!, se llama Dionisia... ¡Bonito nombre!»

Caritativamente, para que la señorita Suzor pueda descansar mejor, he velado la lámpara con su cortinilla de estambre.

Pero, poco a poco, por la abertura de la portezuela, la luz de la luna penetra y baña la cabeza de la durmiente. Los pliegues de la mantilla hacen resaltar la blancura del rostro y del cuello.

Apoyada en el almohadillado del ángulo, parece un lirio inclinado.

Tiene cerrados los ojos, pegadas las negras pestañas; ligeramente entreabiertos los labios, que dejan pasar una respiración rítmica, apenas sensible.

Las líneas del busto, de la cintura y de las caderas dibujan en la claridad de las curvas una gracia casta y voluptuosa.

La magia de la luna da a todo el cuerpo de la joven un misterioso encanto. Mis ojos seducidos no pueden ya apartarse de él, y sin embargo experimento como un púdico escrúpulo de sorprender y saborear la belleza de esas formas juveniles que el sueño me entrega.

Contemplando a Dionisia Suzor, pienso en una virginal Antiope adormecida a la sombra de un bosque sagrado.

Insensiblemente, el cansancio de una vigilia prolongada hace caer mis párpados y me duermo a mi vez, soñando encantadoras delicias...

No sé cuánto tiempo ha durado mi sueño. Bruscamente, una sacudida me despierta, me froto los párpados y noto que el día empieza a despuntar.

El tren acaba de pararse dos minutos en Coutras y ya vuelve a partir.

Delante de mí, la señorita Suzor se ha despertado también y sonríe a las primeras blancuras del alba.

— Al fin acabé por dormir, dice. ¿Dónde nos encontramos?

— Nos acercamos a Burdeos.

Dionisia se quita vivamente la mantilla, consulta un espejito de bolsillo, repara el desorden de sus cabellos y murmura:

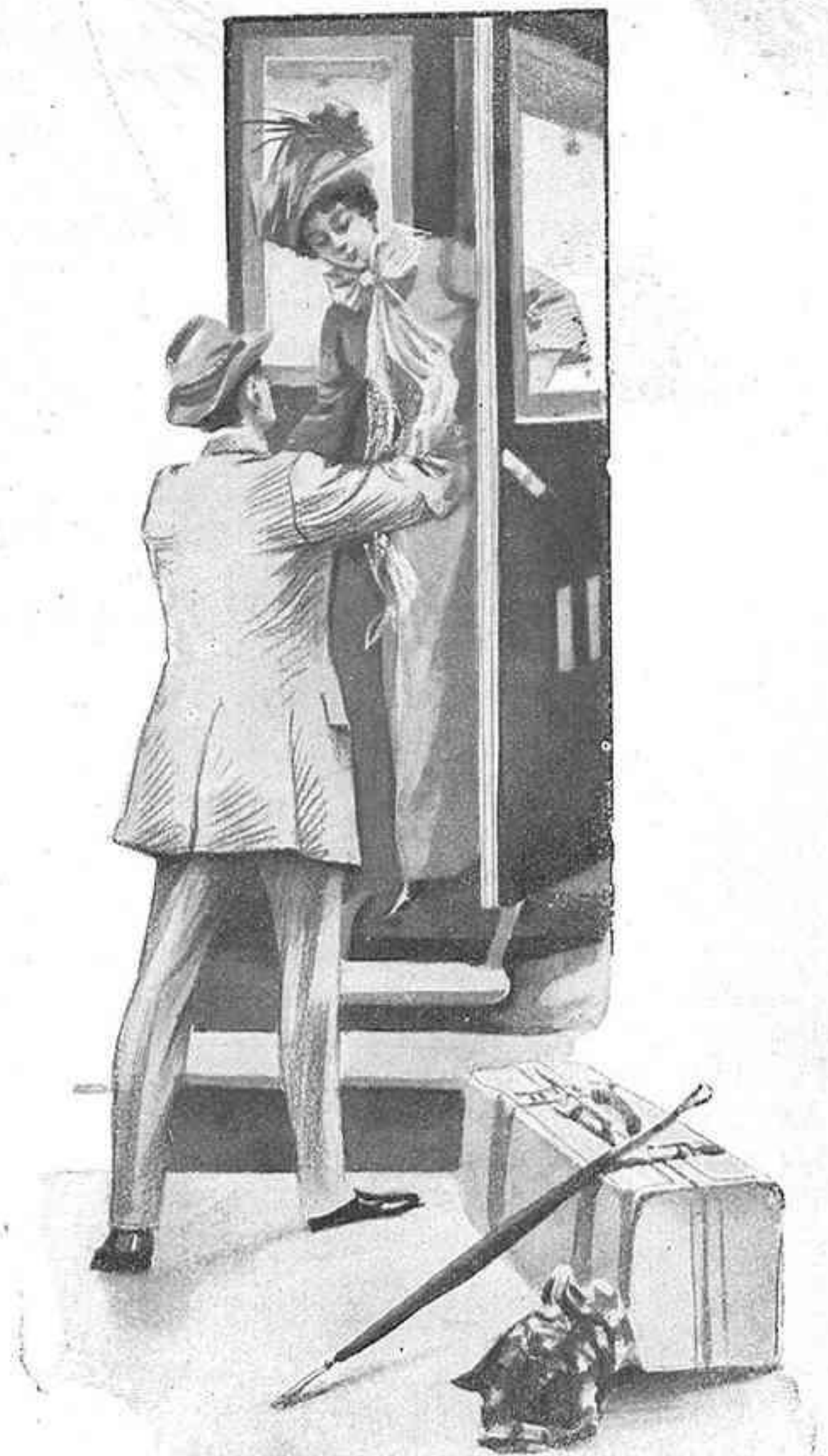
— ¡Qué horror!.. Llevo todo el polvo del camino en la cara y no hay medio de lavarme.

— Tranquílese usted; tenemos cinco minutos de parada en el empalme de Libourne y yo le proporcionaré agua.

En efecto, el tren disminuye otra vez su marcha. Recuerdo que mi tío Florencio, hombre previsor, ha metido en su maletita de mano una cantimplora vacía y una especie de taza de cáscara de coco. Desato las correas, descubro los dos utensilios y me apodero de ellos.

Justamente, entramos en la estación de Libourne; llamo a un mozo del ferrocarril, le ruego que llene la cantimplora de agua de la fuente y me la trae al momento.

— Ahora, digo a mi vecina, mientras que el rápido vuelve a ponerse en marcha, proceda usted tranquilamente a sus abluciones; la taza de coco le servirá



Salto al andén para ayudarla a bajar

de palangana, y puedo ofrecerle una pastilla de jabón.

Me da las gracias sonriendo, coloca sobre sus rodillas la improvisada palangana en que yo echo agua fresca; moja en ella un pañuelo, se lava los ojos, las mejillas y la frente, se limpia un poco el cabello, todo con los gentiles gestos de un pájaro que se alisa las plumas.

Este abreviado lavatorio matinal la divierte y se ríe a carcajadas; tanto que esta risa argentina acaba de sacar de su sueño a nuestros dos compañeros de viaje.



El primero que abre los ojos es el cura, que se estira, nos dirige una furtiva mirada y, sin duda, algo escandalizado, recoge su breviario, esboza una señal de la cruz y empieza su rezo matutino.

El despertar de mi tío es más penoso. Bosteza, respala tumultuosamente, poco a poco su cerebro se desprende de las brumas del sueño y — ¡dulce solitud! — su primer pensamiento es para su sobrino. Se incorpora, se vuelve hacia nuestro lado y ve a la joven lavándose las manos en su cáscara de coco...

Las facciones de Florencio se alargan con una expresión de estupor y de indignación. Un poco más y arma un escándalo. Probablemente le tiene la presencia del cura. El hombre se contenta con lanzar un gruñido de desaprobación y le oigo echar pestes contra cierta gente «que no repara en molestar».

La viajera, una vez terminadas sus abluciones, pone sobre el almohadón el medio coco y la cantimplora vacíos. En el acto, con una precipitación feroz, Florencio coge los dos utensilios y los reingresa en su maletita, cuyas correas abrocha con rabia.

Durante estos incidentes, el tren y el tiempo han marchado.

La locomotora lanza largos silbidos redoblados. A lo largo del Garona, palos de barco y ligeras velas emergen de una rosada neblina; delante, Burdeos, que bañan raudales del sol, se extiende bajo el cielo azul con sus flechas de iglesias, sus tejados agudos y sus alamedas verdosas.

Entramos en la estación de San Juan, el tren se para y las portezuelas se abren.

— Hemos llegado, suspira la señorita Suzor, cogiendo su saquito de mano en que encerró su libro y su mantilla. Adiós, caballero, mil gracias por su amabilidad... ¡Buen viaje!

Sus labios sonríen, pero hay algo de melancólico en su mirada. Salto al andén para ayudarla a bajar.

— ¡Hasta la vista, señorita, y buena suerte!

Nos estrechamos la mano y yo la sigo largamente con la vista, mientras se aleja y se mezcla con el gentío que se empuja en la puerta de salida.

IV

— ¡Cuando hayas acabado de mirar a esa descarada que se lavaba en mi taza de coco, iremos a lavarnos a nuestra vez y a tomar un café con leche!, gruñe irónicamente detrás de mí el tío Florencio.

Ha bajado al andén con nuestros chirimboles, y añade, presentándose mi maletita y su manta:

— Tenemos el tiempo justo, porque el tren del Mediodía parte dentro de media hora...

Yo había esperado que nos detendríamos algo en Burdeos. Traté de demostrarle que nada nos apremia. Enumero todas las atracciones de la ciudad: el Museo, el Gran Teatro, el Jardín público... Pero doy contra una roca.

— No nos entretengamos en las bagatelas de la puerta, replica despóticamente Florencio; estoy impaciente por encontrarme frente a frente con mis Pirineos.

Dice «mis Pirineos», como decía, en Villotte, «mis productos», hablando de las drogas de que era simple almacenista.

Me resigno, pues, a seguirle a la fonda. Tomo algunos sorbos de te, mientras que mi tío se zampa copiosas rebanadas de pan con mantequilla y sendos tragos de café con leche; después de lo cual nos reinstalamos en un nuevo coche donde tenemos la suerte de estar solos.

Florencio, puesto de buen humor por el desayuno, se sienta delante de mí y consulta su guía.

El tren se desliza desde luego por entre los viñedos del Bordelés, inundados de sol. Burdeos huye detrás de nosotros, y pienso con pena en mi hermosa compañera de la víspera.

Recuerdo sus lípidos ojos negros, su clara sonrisa, su gracia jovial. Me digo que a estas horas vuelve a sujetarse a su duro oficio de dama de compañía, y que sin duda no nos volveremos a ver jamás.



La muchacha del pañuelo granate se ha asomado a la balastrada de la galería...

Ha pasado como una estrella fugaz a través del principio de este viaje, pero deja dentro de mí una blanca estela luminosa.

Guardaré preciosamente el recuerdo de esa amable joven, tan confiada, tan ingenuamente expansiva, y de esa noche de luna en que se durmió cándidamente delante de mí.

Pasamos el empalme de Arcachón, y henos en plenas landas.

Una malhumorada exclamación de Florencio Gaudel me arranca a mi meditación.

— ¡Qué país de salvajes!

En efecto, el paisaje no tiene nada de divertido. A derecha e izquierda, la vía está bordeada por plantaciones de pinos de un gris azulado. En los troncos rojos aparecen frescas cicatrices, que sangran todas, y al pie de cada pino hay un cubilete atado para recibir las lágrimas de la savia resinosa.

Así dispuestos, estos árboles de ruda corteza y delicado follaje, tienen una actitud lastimosa.

Raramente se ve una habitación, y más raramente todavía, un ser humano; por todas partes la monotonía de los pinares tostados por el sol y la canción estridente de las cigarras...

— ¡Y esto es su Mediodía!, exclama Florencio indignado; pues bien, muchas gracias; ya la doy por vista. Que me lleven otra vez a las praderas y a las colinas de nuestro país... Allí al menos se tiene a la vista un poco de verdura fresca. No me gusta tirar mi dinero, pero daría muy bien la mitad del precio del viaje por encontrarme en presencia de mis viñas del Hormiccy, donde los saltamontes despliegan al

sol sus ruidosas alas rojas sobre los pámpanos. Mi hombre parece bastante desilusionado.

Lo que me gusta en mi tío Florencio, lo que compensa sus manías, sus planchas ridículas y su insoportable egoísmo, es que ama sinceramente su país natal y que lleva positivamente la tierra arcillosa del Barrois en la suela de sus zapatos.

Su provincialismo exclusivo tiene el don de hacer revivir en mi corazón las imágenes y las caras impresiones del terruño.

Gracias a él voy viendo otra vez distintamente las calles montañosas de mi pequeña ciudad, las casas, los habitantes de antaño, y esta súbita evocación de mis recuerdos de primera juventud tiene un no sé qué de refrescante, que me llena de indulgencia por los grotescos defectos del exdruista.

Después de Morceux, afortunadamente, el paisaje empieza a accidentarse.

Ya, a lo lejos, los Pirineos surgen como inmóviles nubes moradas, y, en Tarbes, su cadena dentellada se muestra en su virginal belleza.

Señalo este espectáculo a mi tío; pero, en vez del entusiasmo esperado, encuentro un espíritu sistemático de denigración.

La desilusión experimentada en las landas ha despertado el humor denigrante de Florencio.

Menea la cabeza y se limita a hacer una mueca desdeñosa.

Ni las verdes praderas, ni los campos de maíz surcados de arroyuelos que corren entre bordes de pizarra; ni la soberbia aparición del pico de Bigorra; ni Lourdes, la villa de los milagros; ni el valle de Argelés, hermoso, poblado de aldeas, escapan a su desdén.

Su fisonomía expresa más azoramiento que entusiasmo y declara que esperaba algo mejor.

En el fondo se halla desconcertado por este paisaje grandioso que se parece tan poco a los humildes ribazos de su provincia.

Se siente como aplastado por la proximidad de estas altivas cumbres, y ese sentimiento de achicamiento le humilla y le irrita.

Por otra parte, el aire más vivo le ha abierto grandemente el apetito y los retortijones de su estómago paralizan sus facultades admirativas.

Así es que se apea en la estación término de Piereffite con un «¡uf!» de desahogo y se precipita hacia el hotel de la Poste.

Pide a gritos que le den de almorzar y nos sentamos a una mesa servida en una galería cubierta, desde la cual se puede contemplar el valle de Argelés que verdea al sol y el pico de Villelongue que alza en el espacio azul los prados de sus vertientes.

Pero Florencio no mira más que la lista de platos que estudia frunciendo las cejas: «Truchas fritas, *chateaubriand* con patatas *soufflées*, espinacas con cuscurreones...» A todo encuentra qué decir, principalmente respecto a las espinacas por las cuales tiene una pronunciada aversión.

Sin embargo, desahoga su mal humor con los *hors d'œuvre* que engulle y con las truchas de las cuales no deja más que las espinas.

Después de esto y de haberse echado al colete dos vasos de vino blanco, se digna examinar a la sirvienta que nos trae los platos.

Esbelta, morena, con el moño envuelto en un pañuelo de seda granate, tiene unos centelleantes ojos negro azulados y unos labios rojos que al sonreír descubren unos dientes blanquísimos.

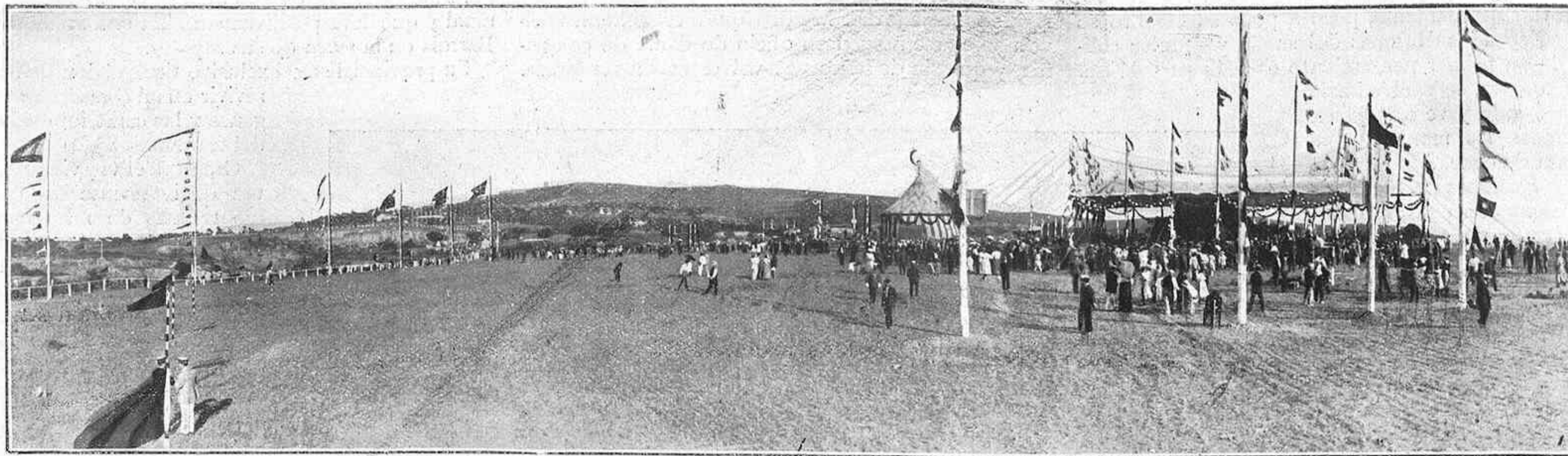
¿Es el efecto del vino de Graves o de esta graciosa sonrisa? Con gran sorpresa de mi parte, mi tío se pone de buen humor y dirige antiguas galanterías a la muchacha, a quien esto divierte.

(Se continuará.)



## BARCELONA. - LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE INDUSTRIAS ELÉCTRICAS Y GENERAL ESPAÑOLA

INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DE URBANIZACIÓN. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Explanada en donde han de levantarse los principales edificios de la futura exposición

El domingo, día 18 del corriente, efectuóse el acto oficial de inaugurar las obras de urbanización de los terrenos de Montjuich en que ha de levantarse la futura Exposición Internacional de Industrias Eléctricas y General Española. A pesar del carácter oficial de la ceremonia, la fiesta fué verdaderamente popular, pudiendo afirmarse que pasaban de 50.000 las personas que desde las primeras horas de la tarde acudieron a la pintoresca montaña a disfrutar de las diversiones que allí había dispuestas y sobre todo a gozar de los espléndidos panoramas que desde aquel sitio se descubren y que constituyen indudablemente un espectáculo de belleza y grandiosidad incomparables.

Mientras el pueblo recorría aquellos lugares y tomaba posiciones, especialmente en la vasta explanada de Lladó, en donde habíase levantado un entoldado con centenares de banderas, en el que había la tribuna para las autoridades e invitados, éstos se reunían en las Casas Consistoriales, de las

cuales salió a las cinco la comitiva oficial, compuesta del alcalde, concejales, diputados provinciales, Junta directiva de la Exposición, representantes de varias entidades, periodistas y otras personalidades distinguidas. Asistieron, además, a la ceremonia el capitán general de esta región Sr. Villar y Villate, el go-

bernador civil Sr. Andrade, el presidente accidental de la Audiencia Sr. Girón, el fiscal Sr. Lardies, el comandante de Marina Sr. Montis y la Junta en pleno de la Cámara oficial de la Propiedad.

Situadas las autoridades y los invitados en la tribuna, comenzó el acto inau-

gural dando lectura el jefe de negociado de Ensanche y secretario accidental del Ayuntamiento Sr. Puig al discurso del alcalde accidental Sr. Pich. En este discurso, después de expresar el Sr. Pich su satisfacción por ver llegado el momento de empezar las tareas de la Exposición acompañado del entusiasmo de todo el pueblo de Barcelona, explicó la grandiosidad que revestirá el proyectado certamen, pidió el concurso de todos para llevarlo a cabo y afirmó que la Exposición ha de ser el símbolo de una España que renace vigorosa y dispuesta a poner los cimientos de una futura potencia y a llevar al otro lado de los mares, a los pueblos que recibieron nuestra civiliza-



Las autoridades durante la ceremonia inaugural

ción, la salutación amorosa de la antigua metrópoli, para que se confundan los alentadores gritos de ¡Viva Barcelona! ¡Viva Cataluña! ¡Viva España!

A continuación pronunció el Sr. Pich algunas palabras agradeciendo la presencia de las autoridades, de los representantes de las corporaciones y del pue-



Aspecto que ofrecía una parte de la montaña de Montjuich el día de la inauguración de las obras de urbanización





Los orfeones que tomaron parte en la fiesta y que bajo la dirección del maestro Lamote de Grignón cantaron varias composiciones del inmortal Anselmo Clavé

blo a aquel acto en el que se daba el primer impulso a la futura Exposición y manifestando sus deseos de que pronto pueda celebrarse la colocación de la primera piedra. Terminó con vivas a Barcelona y a España, que fueron contestados con entusiasmo.

El gobernador civil manifestó que en nombre del gobierno y aun en nombre de toda España se asociaba a aquel acto y a la alegría que experimentaba Barcelona entera al comenzar las tareas para la futura Exposición, en la que esta capital dará una gallarda muestra de su potencialidad. Felicitó al Ayuntamiento por haber patrocinado la iniciativa de la futura Exposición, dedicó grandes elogios a los que han trabajado para su ejecución, dirigió frases de aliento a los que han de llevarla a término, hizo fervientes votos por el feliz éxito del certamen; dijo que, a pesar de considerarse como ave de paso en esta gran ciudad, sentíase orgulloso de la obra que iba a realizarse, y concluyó vitoreando a Barcelona y a España.

Inmediatamente después de los discursos, las autoridades se dirigieron al extremo de la explanada en donde había de efectuarse la inauguración de las obras de urbanización, en un sitio previamente señalado con mástiles y banderolas, y una vez allí el alcalde accidental, el capitán general, el gobernador civil y el vicepresidente de la Diputación provincial Sr. Bartrina, removieron con una pala la tierra, dando con ello por comenzadas las obras.

Terminados los actos oficiales, las autoridades y los invitados se encaminaron al Parque Laribal, en donde les fué servido un espléndido *lunch*.

Así que concluyó la ceremonia oficial, una masa coral formada por los coros de treinta y tres socie-

dades cantó, bajo la dirección del maestro Lamote de Grignón y con acompañamiento de la banda municipal, las populares composiciones del inmortal Clavé *Gloria a España, La Maquinista y Els nets dels Almogavers*, que fueron aplaudidas con entusiasmo por el enorme público.

En la explanada de Lladó continuó durante un largo rato el concierto por los coros y por las bandas de música, y en varios lugares cercanos a aquella, varias orquestas, masas corales y *coblas* de sardanas contribuyeron a animar a la concurrencia.

En otros sitios funcionaban teatros de *variétés*, se bailaban danzas populares, se elevaban globos aerostáticos, se efectuaban ejercicios gimnásticos, se disparaban fuegos japoneses y, en una palabra, había en todo aquel trozo de montaña diversiones y entretenimientos para todos los gustos.

Cuando la comitiva oficial se dirigía a inaugurar las obras de urbanización, la Sociedad Colombófila de Cataluña dió suelta a varios millares de palomas que, al elevarse por los aires, produjeron un efecto grandioso, mereciendo entusiastas aplausos del inmenso gentío que presenciaba el espectáculo.

A las once de la noche se quemó un espléndido castillo de fuegos artificiales y al final apareció señalado por potentes luces de Bengala todo el perímetro del espacio que ha de ocupar la futura exposición, pudiendo de este modo apreciarse toda la grandiosidad que la misma ha de revestir.

Como decimos al principio, la fiesta fué eminentemente popular; pues todo el pueblo barcelonés quiso asociarse al acto inaugural del gran certamen que ha de ser un nuevo timbre de gloria para nuestra capital y ha de contribuir al aumento de la prosperidad de Barcelona.



— A que no adivinas lo que tengo en la mano...

— Jabón de HENO de PRAVIA No puede ser otra cosa...

A. Ehrmann.



LA GUERRA EUROPEA. — LAS LABORES AGRÍCOLAS EN POLONIA. (Fotografía de Parrondo.)



Campeñinas polacas dirigiéndose a los campos para proceder a las labores de la sementera. — Estas campeñinas, como las de otros tantos países asolados por la guerra, se ocupan en las faenas agrícolas en substitución de los hombres válidos que luchan en los campos de batalla. En medio de los temores y de las preocupaciones que la guerra trae consigo, no olvidan que la falta de cultivo de los campos ha de implicar fatalmente otra calamidad no menos terrible que aquélla, el hambre y la miseria.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES O EDITORES

LA IGLESIA Y EL OBRERO, por el P. *Ernesto Guitart*, de la Compañía de Jesús. Segunda edición notablemente aumentada. — Expónense en este libro las principales etapas del camino recorrido por la Iglesia en su larga y laboriosa obra de regeneración de la clase obrera, desde los primeros esfuerzos

para aminorar los males de la esclavitud hasta las encíclicas *Rerum novarum* y *Graves de communi*. Los capítulos dedicados a los gremios, a la difusión de la enseñanza popular, al fomento de la pequeña propiedad, a la represión de la usura y a las obras sociales de caridad realizadas o inspiradas por la Iglesia, son otras tantas monografías completas escritas con gran fuerza sintética, con lenguaje correcto y castizo, con vastísima y selecta erudición, no sólo sociológica, sino también patrística,

ca, histórica y literaria. Todo esto da a la obra un gran valor apologético que hace su lectura, además de interesante y amena en alto grado, de suma utilidad para los sacerdotes, para cuantos se ocupan en obras sociales y para quienquiera que desee enterarse de muchas cosas que ningún católico ilustrado debe ignorar. Un tomo de 378 páginas editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en tela inglesa.



S. M. el emperador Guillermo II de Alemania

## El Emperador Guillermo II, íntimo

POR D. Juan B. Enseñat, CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

EDICION ILUSTRADA

La presente guerra europea ha venido a dar un palpitante interés de actualidad a esta obra que ya obtuvo extraordinario éxito a raíz de su publicación, todavía reciente.

En ella encontrará el lector la explicación de muchas cosas que en el actual conflicto y principalmente en la acción germánica han sorprendido, desde el primer momento, y sorprenderán sin duda aun mucho más a los que no estén iniciados en ciertas interioridades de la política alemana ni en el íntimo modo de ser de Guillermo II.

En esta obra se presenta al Emperador en su intimidad más desconocida y en su trato particular con ministros, colaboradores, ayudantes, cortesanos y amigos.

Con el monarca, se da a conocer la corte que en torno de él se mueve, y, al relato de anécdotas curiosas, de frivolidades picantes, acompañan revelaciones sobre las interioridades de la política alemana, dignas de excitar vivamente la más legítima curiosidad.

Un tomo lujosamente encuadernado e ilustrado con protusión de grabados. Precio, 6 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN